



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

Tipo de documento: Artículo de investigación

2024

Silvia Estela Pérez Leura & Ricardo García Valdez

**Implicaciones sobre el uso del concepto adolescencia en psicoanálisis:
un análisis del discurso y de sus formas de subjetividad**

Revista Affectio Societatis, Vol. 21, N.º 40, enero-junio de 2024

Art. # 01 (pp. 1-31)

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN



IMPLICACIONES SOBRE EL USO DEL CONCEPTO ADOLESCENCIA EN PSICOANÁLISIS: UN ANÁLISIS DEL DISCURSO Y DE SUS FORMAS DE SUBJETIVIDAD*

Silvia Estela Pérez Leura¹
Universidad Veracruzana, México
seperezleura_101@hotmail.com
<https://orcid.org/0000-0001-7330-4767>

Ricardo García Valdez²
Universidad Veracruzana, México
rigarcia@uv.mx
<https://orcid.org/0000-0001-8955-4453>

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.affs.v21n40a01>

* Este artículo es resultado parcial de la tesis doctoral *La adolescencia en los márgenes discursivos: Un análisis de las formas de subjetividad y de su relación con la agresividad*, la cual se encuentra en proceso de elaboración dentro del Programa de Doctorado en Psicología del Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana, México. Este proyecto recibe financiamiento por parte del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología (CONAHCyT).

- 1 Doctorante en Psicología en el Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana. Maestra en Psicología con énfasis en Estudios psicoanalíticos: teoría y clínica. Licenciada en Psicología, Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Miembro fundador del grupo Inscripción Psicoanalítica, S.L.P. Coordinadora del proyecto editorial *Ficciones Clínicas*.
- 2 Doctor en Ciencias Sociales. Profesor e investigador en el programa del Doctorado en Psicología del Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana y líder del Cuerpo Académico Psicoanálisis y discursos sociales en el mismo instituto. Director de la revista electrónica *Psicoanalítica*. Compilador y editor del libro *Estudios e investigación en psicopatología, subjetividad y clínica*.

Resumen

El presente artículo deriva de un trabajo de investigación doctoral. Tiene el propósito de fungir como un operador crítico que busca mostrar, a través de un análisis del discurso, las principales líneas de cruce, dispersión y mutación generadas alrededor del concepto adolescencia en el dispositivo psicoanalítico, esto con la finalidad de señalar algunas implicaciones epistémicas, políticas y clínicas subyacentes a la configuración de determinadas formas de subjetividad

propiciadas por dicho concepto. A raíz de este análisis se esboza una línea de pensamiento alterna en la que el sujeto y el acontecimiento se convierten en los ejes conceptuales que nos permiten un reposicionamiento frente a la cuestión adolescente en función de ese otro orden que parece designar la pubertad.

Palabras clave: adolescencia, pubertad, análisis del discurso, sujeto, acontecimiento

IMPLICATIONS OF THE USE OF THE CONCEPT OF ADOLESCENCE IN PSYCHOANALYSIS: AN ANALYSIS OF THE DISCOURSE AND ITS FORMS OF SUBJECTIVITY

Abstract

This paper is based on a doctoral research work. Its purpose is to act as a critical operator that seeks to show, through discourse analysis, the main lines of crossing, dispersion, and mutation created around the concept of adolescence in the psychoanalytic device in order to point out some epistemic, political, and clinical implications underlying the configuration of certain forms of

subjectivity propitiated by such concept. As a result of this analysis, an alternate line of thought is outlined in which subject and event become the conceptual axes that allow us to reposition the adolescent issue in terms of that other order that puberty seems to designate.

Keywords: adolescence, puberty, discourse analysis, subject, event

RÉPERCUSSIONS À PROPOS DE L'UTILISATION DU CONCEPT D'ADOLESCENCE EN PSYCHANALYSE : UNE ANALYSE DU DISCOURS ET DES FORMES DE SUBJECTIVITÉ

Résumé

Cet article est issu d'un travail de recherche doctorale. Il se veut un opérateur critique qui cherche à montrer, à travers une analyse de discours, les principaux points de jonction, de dispersion et de mutation générés autour du concept d'adolescence dans le dispositif psychanalytique, dans le but de mettre en évidence certaines répercussions épistémiques, politiques et cliniques sous-jacentes à la configuration de certaines formes de

subjectivité favorisées par ce concept. Cette analyse permet d'esquisser une piste de réflexion alternative où le sujet et l'événement deviennent les axes conceptuels qui permettent de se repositionner vis-à-vis de la question sur l'adolescence en fonction de cet autre ordre que semble désigner la puberté.

Mots clés : adolescence, puberté, analyse du discours, sujet, événement

IMPLICAÇÕES PARA O USO DO CONCEITO DE ADOLESCÊNCIA NA PSICANÁLISE: UMA ANÁLISE DO DISCURSO E SUAS FORMAS DE SUBJETIVIDADE

Resumo

Este artigo deriva de um trabalho de pesquisa de doutoramento. Seu objetivo é atuar como um operador crítico que busca mostrar, por meio de uma análise de discurso, as principais linhas de cruzamento, dispersão e mutação geradas em torno do conceito de adolescência no dispositivo psicanalítico. Isso com o objetivo de apon-

tar algumas implicações epistêmicas, políticas e clínicas subjacentes à configuração de determinadas formas de subjetividade propiciadas por esse conceito. A partir dessa análise, esboça-se uma linha alternativa de pensamento na qual o sujeito e o acontecimento tornam-se os eixos conceituais que nos permitem reposicionar-nos

em relação à questão adolescente em termos dessa outra ordem que parece designar a puberdade.

Palavras-chave: adolescência, puberdade, análise de discurso, sujeito, acontecimento

Recibido: 01/01/2023 • Aprobado: 29/10/2023

*La idea de metamorfosis es un regalo de lo alto
extremadamente honorable,
pero al mismo tiempo extremadamente peligroso,
pues conduce a la ausencia de forma,
destruye el saber, lo disuelve*

Goethe, *Teoría de la naturaleza*

Introducción

Lo que aquí se vierte como un trabajo de reflexión y de análisis sobre una cuestión particular que es la **adolescencia**³ tiene su antecedente en el encuentro clínico con sujetos atravesados por esta denominación. Este encuentro ocurrió en el contexto de una clínica psiquiátrica, en el ámbito pedagógico y en el espacio de una asociación civil que brinda apoyo a jóvenes en riesgo de calle. A través de la escucha de estos sujetos y de sus acompañantes surgieron los siguientes cuestionamientos: ¿qué implicaciones teóricas, clínicas y políticas ha tenido el uso del concepto **adolescencia** en el marco del dispositivo psicoanalítico? y, sobre todo, ¿quién es el **adolescente** en este momento de la historia, es decir, qué formas de subjetividad se entranan en relación con este discurso?

Estas preguntas llevaron a considerar al *Análisis del Discurso* (AD) como eje metodológico. Para David Pavón-Cuéllar e Ian Parker

3 Posterior al trabajo de indagación y análisis sobre un objeto de estudio, es probable que la posición inicial frente al mismo cambie y, en este sentido, también es posible que el objeto se altere. Situación que conduce, en este estudio, a pensar cómo nombrar y cómo tratar a la **adolescencia**, que es el objeto que acá interesa. Partiendo de la idea de que el signo lingüístico, de entrada, ya algo dice, fue necesario utilizar la cautela y buscar formas en las que, desde la representación gráfica, se mostrara cierta fractura y disrupción con respecto a la lógica que subyace a la **adolescencia** como categoría conceptual. Braunstein (2013) permitió saber hacer con esta inquietud; *sous rature* –bajo supresión o bajo borrado– se convirtió en una forma. Esta estrategia, retomada de la enseñanza de Heidegger y Derrida, consiste en dejar caer otro trazo –una especie de borradura– sobre aquella palabra de la cual no es posible prescindir, pero no es acorde con la lógica que estructura cierto pensamiento.

(2013), el análisis del discurso engloba un conjunto heterogéneo de concepciones teórico-metodológicas cuyo común denominador es el interés por analizar las manifestaciones discursivas del lenguaje. Para este trabajo se recurrió a las aportaciones de Michel Foucault (1979), quien propuso a la arqueología y a la genealogía como recursos útiles para desplegar el campo del discurso en su conjunto, este último se convirtió en el plano en el cual saber y poder se articulan para dar lugar a determinadas formas de subjetividad: “la arqueología sería el método propio de los análisis de las discursividades locales, y la genealogía la táctica que, a partir de estas discursividades locales así descritas, pone en movimiento los saberes que no emergían, liberados del sometimiento” (pág. 131).

Autores contemporáneos como Alejandro Klein (2012), Matías Luzuriaga (2013) y Martina Fernández (2019) se han dado a la tarea de revisar las principales producciones teóricas generadas en el campo del psicoanálisis en relación con la temática. En estas revisiones se pueden encontrar construcciones históricas que intentan comprender y explicar la forma en que el concepto *adolescencia* se ha ido incorporando a la teoría psicoanalítica y algunas de las imágenes que de estas incorporaciones resultan; no obstante, en dichos estudios no se hace explícito un análisis del discurso como el que acá se pretende, lo cual brindó a este trabajo una condición de posibilidad para abonar a la cuestión.

El fortuito des/encuentro entre Sigmund Freud y Granville Stanley Hall: una condición de posibilidad para la expansión y consolidación del saber psicoanalítico

De acuerdo con el trabajo de Fernández (2019), las aportaciones de Ariès (1988/1960) y el análisis realizado por Foucault (2007/1973-1974), el siglo XIX –con el nacimiento de la familia moderna, la revolución industrial, el sistema escolar, entre otras condiciones– se convirtió en la antesala para la producción de modelos teóricos y empíricos, cuyo trasfondo se sitúa en el disciplinamiento y el control de los indi-

viduos: de sus cuerpos, de sus conductas, de sus pensamientos, de sus afectos y de sus relaciones. La cuestión con respecto a la **adolescencia** no fue ajena al proyecto moderno, pues este último se convirtió en su núcleo; de ahí que durante el siglo xx en Occidente haya adquirido la forma de un argumento al convertirse en objeto de estudio para las ciencias humanas, en particular para las disciplinas *psi*.

En el marco epistémico creado por las teorías del desarrollo y la psicología genética, fue Hall (1904) quien se dedicó a tratar aspectos relacionados con el devenir **adolescente**, considerando que el exceso de energía asociado al despertar sexual generaba en el individuo un estado de turbulencia que podía ser apaciguado vía la educación y/o por intervención de lo social⁴. La aparición de la sexualidad como un elemento intrusivo colocó a la **adolescencia** como un estado crítico que precipitaba una serie de conductas, contingentes y exasperantes, que no solo podían llegar a afectar la integridad del individuo, sino que también representaban una amenaza para los otros.

Esta connotación estresante y tormentosa fungió, entonces, como justificación para la puesta en marcha de prácticas pedagógicas, terapéuticas y profilácticas que no solo colocaron a la figura del **adolescente** como centro de atención, sino que además rediseñaron una nueva forma de tratamiento: una especie de *ortopedia social*⁵ en la que el foco de interés no estaría puesto en los hechos sino en la virtualidad de los mismos, lo cual hizo aparecer al *individuo peligroso* como una forma de subjetividad asociada (Foucault, 1996/1978; 2007/1974-1975).

4 Hall (1904) recuperó estas ideas de Rousseau (2000/1762), quien aseveraba que en el periodo en el que la naturaleza impone el sexo al individuo, surge una fuerza que se sobrepone a la necesidad que definía lo infantil. Se trata de la operatividad del instinto que acecha al individuo como un factor ajeno, el cual debe regularse por medio de la moral y de la educación.

5 Ortopedia social es un concepto que Foucault (1996/1978) introduce para dar nombre y tratamiento al sistema disciplinar que se convierte en una forma de poder para la vigilancia y el control social. El modelo panóptico de Jeremías Bentham fue empleado por el filósofo francés para representar estas elaboraciones teóricas.

Por otro lado, en los albores del mismo siglo, Freud (1992/1905) se encontraba ensayando sobre sus teorías sexuales infantiles con el afán de comprender el fundamento metapsicológico de ciertos procesos y mecanismo psíquicos. A propósito de estos intereses el fundador del psicoanálisis realizó una serie de construcciones sobre el desarrollo⁶ libidinal; no obstante, lo que hizo del psicoanálisis un paradigma epistémico particular fue la apuesta por la vida psíquica, inconsciente y pulsional, que le permitió diferenciarse de aquellas posturas psicológicas y antropológicas que se elaboraban alrededor de la idea de Hombre.

Ahora bien, tomando en consideración estas breves abstracciones es posible notar la distancia existente entre un campo de saber y otro; brecha que, por la naturaleza del objeto de estudio, es imborrable. La consistencia epistemológica del dispositivo psicoanalítico freudiano derivó del cuidado y la meticulosidad con la que su fundador construyó su objeto teórico: lo inconsciente. Al parecer, Freud estaba advertido de la importancia que conllevaba el uso de las palabras, sobre todo en la edificación de un marco teórico, de ahí se podría inferir su inclinación por el uso del concepto *pubertad* y su consecuente rechazo por el concepto *adolescencia*. La relevancia de marcar este tipo de detalles reside en lo siguiente: por un lado, el uso del concepto *adolescencia*, al menos en Norteamérica, estaba en pleno auge y, por otro lado, fue Hall (1904) quien le dio realce. Lo realmente estrepitoso vino cuando se encontró el nombre de este último en diversos textos freudianos, lo cual evidenció cierta relación entre un autor y otro.

La referencia principal se encontró en “Tres ensayos de teoría sexual” (1992/1905) en donde se ubicó una nota al pie de página agregada en 1910 en la que Freud se permitió hacer uso del trabajo de Hall (1904), *Adolescencia: su psicología y sus relaciones con la fisiología, la antropología, la sociología, el sexo, el crimen, la religión y la educación*, para argumentar el creciente interés, entre los intelectuales de la época,

6 Es importante cuidar el uso de esta palabra, pues la connotación que Freud (1992/1905) emplea no alude a una cuestión lineal sino a una especie de capas sedimentadas cuyos elementos pueden resurgir en cualquier momento, de ahí que refiera que son como oleadas.

por estudiar el desarrollo psicosexual del niño. No obstante, la referencia no trascendió, puesto que a pesar de que Hall reconocía, de cierto modo, una condición perverso-polimorfa del niño, su interés en aquel escrito apuntaba hacia una descripción fisiológica, psicológica y moral de la adolescencia que determinaba la vida afectiva de los individuos.

Al colocar la mirada en estos detalles es posible identificar que la relación entre Freud y Hall se estructuró, estratégicamente, como un juego de poder más que de saber, pues fue este psicólogo estadounidense quien en 1909 invitó al fundador del psicoanálisis a impartir una serie de conferencias en la Clark University. De ahí que el texto “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” (1991/1910[1909]) esté dedicado a él como muestra de agradecimiento, puesto que esta invitación representó el primer reconocimiento oficial del saber psicoanalítico por fuera de los límites territoriales del lugar que lo vio nacer.

Cuando en Worcester subí a la cátedra para dar mis *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* [1910], me pareció la realización de un increíble sueño diurno. El psicoanálisis ya no era, pues, un producto delirante; se había convertido en un valioso fragmento de la realidad (...) Por desgracia, también lo han diluido mucho. (Freud, 1992/1925[1924], pág. 49).

La cautela en Freud fue una condición de posibilidad para resistir; sabía que ceder a las demandas que se hacían al psicoanálisis *en pos de ser acogido* lo conducirían a su desaparición. Por esta razón se mostraba enérgico y rechazaba todo aquello que edulcorara y revirtiera las premisas que daban fundamento clínico y teórico a sus construcciones, lo cual le costó la pérdida de partidarios, como fue el caso de Carl Gustav Jung y Alfred W. Adler.

Debido a que el distanciamiento epistémico entre Freud y Hall no se resolvió en favor de uno o de otro, el destino último de aquella relación fue su disolución, y pasarían pocos años para que Hall hiciera manifiesta su alianza con Adler (Jones, 1961).

A pesar de los esfuerzos realizados por Freud, fueron diversas las líneas de fractura y dispersión que la teoría psicoanalítica sufrió tras la muerte de su fundador. Con el afán de tratar todo tipo de cuestiones y de hacer calzar al psicoanálisis en situaciones que no solo le son ajenas, sino que incluso resultan irreconciliables con sus premisas, han surgido interpretaciones “psicoanalíticas” bastante forzadas que condujeron a distorsiones cuyas implicaciones han tenido efectos importantes en la subjetividad de la época. En sus clases del 15 y del 22 de enero de 1964, Lacan hizo manifiesta esta denuncia señalando los efectos y las errancias a las que condujo el indiscriminado uso de los conceptos psicoanalíticos en favor de determinadas demandas políticas y sociales de la época; de ahí su insistente *retorno a Freud*.

A decir verdad, esta dimensión del inconsciente que evoco *estaba olvidada*, como Freud lo había previsto muy bien. El inconsciente se había vuelto a cerrar sobre su mensaje gracias al celo de esos activos ortopedistas en que se convirtieron los analistas de la segunda y tercera generación, que se dedicaron a suturar esta hiancia, psicologizando la teoría analítica. (Lacan, 2010/1964, pág. 31).

El análisis crítico de la ~~adolescencia~~ **adolescencia** hace posible identificar este tipo de desviaciones, y con ello también permite visibilizar la caída de aquellas resistencias que el fundador del psicoanálisis tanto procuraba sostener para mantener el carácter subversivo que colocaba al psicoanálisis como un discurso otro frente al orden de racionalidad moderno.

Interpretaciones sobre el apremio de la pubertad y sus consecuencias psíquicas

Para Freud (1991/1912; 1991/1937), el arribo puberal trastoca al aparato anímico en sus diferentes dimensiones. A lo largo de su obra sostuvo que la pubertad, anclada en lo biológico, perturba la economía psíquica de forma significativa; se trata del influjo pulsional que, como una segunda oleada, irrumpe y altera la dinámica psíquica. Asimismo, advirtió que esta alteración no es exclusiva de la puber-

tad, sino que se encuentra asociada a múltiples situaciones, a veces contingentes, en las que el *yo-cuerpo* se ve comprometido; se refiere a los *apremios de la vida*⁷.

En cuanto a la dimensión dinámica fue posible identificar al menos tres precisiones: 1) en sus estudios sobre la etiología de las neurosis, la pubertad figuró como un periodo de predisposición histérica que tiene lugar con el retorno de la sexualidad (1992/1888; 1992/1950[1895]); 2) en sus “Tres ensayos de teoría sexual” (1992/1905), el fundador del psicoanálisis aún sostenía que el desarrollo de la sexualidad se realizaba en dos oleadas: la infancia y la pubertad; la primera preparaba el camino sobre el cual se abriría paso la segunda –de ahí que procesos psíquicos como la *elección de objeto* y el *complejo de Edipo* hayan adoptado la apariencia de un prototipo que determina las formaciones subsecuentes–; 3) hacia 1923, en “La organización genital infantil” (1992/1923), dejó atrás su tesis que afirmaba que el primado de los genitales se consumaba en la pubertad; la reflexión teórica le permitió pasar del primado de los genitales al primado del falo, el cual tiene fuerza desde las primeras experiencias genitales y, *nachtraglich*, cobra efecto psíquico; se trata de la diferencia que introduce la presencia o la ausencia del pene como referente simbólico.

Estas elaboraciones fungieron como argumento de base para pensar la *adolescencia* en el discurso psicoanalítico. Anna Freud

7 El apremio de la vida es una noción que deambula en el pensamiento freudiano de forma poco advertida. Aunque su común denominador es que el apremio se impone desde la necesidad y al modo de la urgencia, se le encuentra bajo una multiplicidad de sentidos: 1) puede significar un estado de precariedad material como es el caso de la pobreza (Freud, 1992/1923[1922]); 2) también puede representar una privación o un daño congénito como puede ser la enfermedad física o un estado psíquico sufriente vivenciado en la infancia (Freud, 1992/1916); 3) por último, reconocemos aquellas aflicciones provenientes de alteraciones que han adquirido la forma del accidente, de la contingencia o de la catástrofe (Freud, 1991/1899). Asimismo, en otros textos Freud (1992/1908; 1992/1919) coloca en esta noción un límite y un principio. En el prólogo escrito para Theodor Reik, hace explícito que el psicoanálisis nace del apremio médico y, a propósito de las teorías sexuales infantiles (Freud, 1992/1908), asume la práctica investigativa como producto del apremio de la vida.

(1992/1958), pionera en dar al término tratamiento teórico en el campo psicoanalítico, se sirvió de las primeras elaboraciones freudianas sobre la pubertad para definir a la **adolescencia** como una etapa del desarrollo psicosexual que, tras un estado de latencia, irrumpe en la vida de los individuos reactualizando conflictos del periodo infantil. El problema surge cuando la hace aparecer como una entidad clínica con apariencia patológica.

la adolescencia constituye por definición una interrupción del crecimiento imperturbado, y se asemeja a otros trastornos emocionales y desequilibrios estructurales. Las manifestaciones adolescentes son similares a la formación de síntomas de tipo neurótico, psicótico o asocial y se confunden con estados fronterizos y con las formas iniciales, frustradas o completas de casi todas las enfermedades mentales, hasta hacerse indistinguibles de éstas. De ahí que el diagnóstico diferencial entre los trastornos adolescentes y la verdadera patología resulte sumamente difícil. (pág. 176).

Gran parte de estas ideas se gestaron en la relación entre psicoanálisis y pedagogía⁸, de la cual participan otros autores, como fue el caso de August Aichhorn, quien también fue pionero en pensar el tema procurando apegarse a la teoría psicoanalítica freudiana. Aichhorn ejercía la pedagogía y tomaba en tratamiento casos de jóvenes delincuentes o en condiciones precarias; fue contemporáneo de Anna Freud y autor del libro *Juventud desamparada* (2006/1925) –por intercesión de su hija, Freud redactó el prólogo de este escrito, no obstante, el fundador del psicoanálisis no dejó pasar la ocasión para advertir que la labor analítica requiere de condiciones sin las cuales no es posible–.

8 A propósito de la relación entre estos saberes, Alba Flesler (2011) retoma la distinción freudiana entre la técnica sugestiva y la técnica analítica para esclarecer las dificultades que entraña esta conflictiva relación; mientras la educación trabaja *per vía di porre*, el análisis lo hace *per vía di levare*. En este sentido, como señalaba Freud (1992/1905[1904]), el análisis no pretendería agregar ni introducir nada, por el contrario, buscaría desentrañar, restar y retirar. De esta manera, un psicoanálisis que pretenda educar resulta insostenible y al forzarlo termina por convertirse en un dispositivo disciplinario y de control, funcionario de la norma social, como ya lo denunciaba Lacan (2010/1964).

La interpretación que Aichhorn (2006/1925) hizo del psicoanálisis fue en un plano muy próximo a la conciencia. Sus intenciones eran muy parecidas a las planteadas por su colega Anna Freud (1992/1958), pues ambos encontraban en el tratamiento analítico, al igual que en la educación, condiciones de posibilidad para la regulación pulsional que conduciría al individuo de un estado asocial a uno social. Para ello apelaban al juicio, es decir, a la prevalencia del *principio de realidad* sobre el *principio de placer*, y como recurso técnico buscaban hacer uso de la *transferencia* en su connotación positiva.

Estudios posteriores, como el realizado por Aberastury (1971), se apoyaron sobre estas ideas aseverando que la *adolescencia* es un periodo de transición doloroso, confuso y ambivalente por su fluctuación entre una dependencia y una independencia extremas. El eje central que orienta las hipótesis de su trabajo parte de considerar la pérdida, el proceso de duelo y la producción sintomática precipitada por la pubertad. Dicho eje se convierte en una extensión de las aproximaciones que Anna Freud (1992/1958) había encontrado entre los tratamientos llevados a cabo con *adolescentes* y aquellos otros realizados con pacientes que atravesaban periodos de duelo, pues entre uno y otro identificaba grandes similitudes que asumía como una dificultad para el abordaje terapéutico.

La aportación que se puede reconocer en Aberastury (1971) se centra en la descripción de los llamados *duelos de la adolescencia* por los que tanto el joven como sus padres deben atravesar. Los enunció en los siguientes términos: 1) duelo por el cuerpo de niño; 2) duelo por la identidad infantil; 3) duelo por la relación con los padres de la infancia y; 4) duelo por la bisexualidad infantil. Para esta autora, el trabajo psíquico que exige el atravesamiento por estas pérdidas hace que el individuo emprenda su huida del mundo exterior y se refugie en la fantasía, pues considera que con ello se defiende de la realidad objetiva al mismo tiempo que genera un recubrimiento imaginario al cual concibe como omnipotencia narcisista.

Esta mirada no solo ofrece una concepción de la *adolescencia* como un estado discontinuo que adquiere la apariencia de una entidad semipatológica a la cual Knobel (1971), en ese mismo texto, de-

nominó *síndrome normal de la adolescencia*, sino que hace aparecer la prevalencia de una configuración narcisista que opera en dos sentidos; ya sea como una forma de explicar las manifestaciones clínicas precipitadas por la pubertad o como una especie de remiendo frente a la demolición de aquellas estructuras primarias, mismo que se traduce en conceptos unificadores y totalitarios tales como *identidad* y *personalidad*.

A mediados del siglo xx, el desarrollo de la identidad ya aparecía como meta a alcanzar durante la *adolescencia* (Erikson, 1995/1950). Estas ideas influyeron entre los psicoanalistas de la segunda y la tercera generación que se enfocaron en el estudio de esta etapa del desarrollo, entre ellos se encuentra Peter Blos (1980/1962), quien no solo tomó como base las elaboraciones freudianas sobre la pubertad, sino que siguió de cerca las aportaciones de Erikson y Fenichel.

Blos (1980/1962) concebía a la *adolescencia* como “un periodo de maduración en el cual cada individuo tiene que elaborar las exigencias de las experiencias de su vida total para llegar a un yo estable y a una organización del impulso” (pág. 26). Sus elaboraciones estuvieron permeadas por el pensamiento desarrollista en un sentido lineal: progresivo y regresivo. De ahí que afirmara que la pubertad acontece como un tiempo de retorno en el que los procesos y mecanismos psíquicos ofrecen mejores condiciones para la construcción de la identidad, esto como posibilidad de reparación y completud de lo que en un primer momento apareció como defecto o fallo. Para Blos, al igual que para Donald Winnicott (1990), la maduración pone en acción procesos de diferenciación e integración que impactan en el cuerpo, en la historia de vida y en la relación con el mundo exterior.

En sus estudios referentes al tema en cuestión, Winnicott (1990) vacila entre asumir estas posturas precedentes y tomar distancia de ellas. Para él, la *adolescencia* representa “un período de descubrimiento personal, en el que cada individuo participa de manera comprometida en una experiencia de vida, un problema concerniente al hecho de existir y al establecimiento de una identidad” (pág. 98). Asimismo, considera que el ambiente desempeña un papel fundamental en el crecimiento del individuo y en su conquista por la adultez. De

ahí que otorgue particular importancia a la familia, a la escuela y a la sociedad. A diferencia de otros autores, para Winnicott (1990) las manifestaciones clínicas concernientes a esta fase del desarrollo no debían ser afrontadas ni tratadas como enfermedad pues consideraba que encontrarían resolución con el paso del tiempo y con el proceso de maduración. En este sentido, asumía que la **adolescencia** era una categoría anclada a la época, y por lo tanto no desaparecería; era preciso hacerle frente.

Ahora bien, hacer frente también es prestar atención tanto a las prácticas discursivas como a las relaciones de poder generadas alrededor del tema, pues desde ahí emergen y se imponen formas de subjetividad que no solo llegan a fungir como un sesgo clasificatorio reducido a una mirada evolucionista, sino que son incorporadas por los sujetos cobrando efecto en su vida. Es así como vuelve la pregunta ¿qué implicaciones teóricas, clínicas y políticas tiene el uso del concepto **adolescencia** en el discurso psicoanalítico?

A través del análisis efectuado sobre estos discursos, de sus enunciados, de la forma en la que elaboran su objeto de estudio, las relaciones que establecen y las prácticas que sostienen, es posible visibilizar una línea de pensamiento en la que el concepto **adolescencia**, al igual que en los discursos psicogenéticos, quedó reducido a un periodo de tiempo en el que el individuo es acechado por peligros internos precipitados por la desregulación instintiva, lo cual ha hecho no solo que opere una mecánica biológica del cuerpo, sino una mecánica del tiempo. Tal reduccionismo no ocurrió sin consecuencias; la vulnerabilidad, la patologización y la peligrosidad se convirtieron en su legado.

De esta manera, se identificaron al menos dos formas de subjetividad **adolescente**: el *sujeto vulnerable* y el *sujeto peligroso*. Por la vía regresiva se colocó al sujeto vulnerable, representado por el púber que por haber sufrido el apremio de la vida queda en un estado de indefensión que, de forma generalizada, parece condenarlo no solo a sufrir el atravesamiento por este pasaje, sino a involucrarse en una condición paralizante, pues cuando el síntoma pasa de ser un recurso inconsciente a ser leído como un signo de patología normalizada y legitimada, este pierde su potencialidad elaborativa en la dinámica

psíquica para representar pura ajenidad. De esta manera, se generó la vía sobre la cual se instaló al sujeto peligroso como aquel individuo que al quedar desligado de su dolor y de su historia, por la escisión que la categoría fortifica entre el sujeto y su malestar, ha sido condenado a padecer y repetir en acto.

Sobre estas reflexiones es posible vislumbrar cómo la configuración de la subjetividad en estos discursos enmarcados en lo que hoy se conoce como *psicología del yo*⁹ llevó a concebir al adolescente en términos muy parecidos a los que definen al enemigo social como aquel que representa un peligro para sí y para otros; el incorregible, el loco, el criminal son algunas de las formas en las que, virtualmente, puede llegar a desembocar (Foucault, 2007/1973-1974).

Al margen de estas formulaciones, en los últimos años la temática de la *adolescencia* siguió generando discurso en el campo del psicoanálisis procurando tomar distancia de estos sesgos clasificatorios. En este sentido, se encontraron propuestas como las realizadas por Phillippe Gutton (1991), Silvia Tubert (1982), José Barrionuevo (2011) y Silvia Amigo (2005; 2021).

En su libro titulado *Lo puberal*, Gutton (1991) refirió que la *adolescencia*, apuntalada desde la pubertad, se podía pensar en dos sentidos: como una reproducción de la neurosis infantil y como una forma de reorganización, reescritura, o repetición que, al modo de las neurosis de transferencia, abre paso a procesos elaborativos, según el modelo del *a posteriori*. En palabras del autor:

9 Las líneas de sedimentación que le dieron base fueron aquellas premisas psicoanalíticas concernientes a los procesos y mecanismos yoicos. Sin embargo, la línea de dispersión surgió con la puesta en juego de relaciones de saber y de poder establecidas entre psicoanálisis y educación, pues los enunciados y las prácticas derivadas del empalme de estas disciplinas apuntalaban no solo hacia el robustecimiento del yo, sino hacia la regulación y el control sobre las producciones inconscientes con el propósito de lograr mayor adaptación frente a las exigencias del mundo exterior.

De manera concomitante, la pubertad instituiría una genitalización de las representaciones incestuosas y su idealización organizada: a la primera la llamamos *puberal* a la segunda *adolescens* (...) lo *puberal* debe ser pensado en relación con su anclaje en lo real biológico, que ejerce una presión sobre las tres instancias y choca con la barrera del incesto legada por lo edípico infantil. Lo *adolescens*, trabajo elaborativo concomitante o retrasado (no vemos en él dos estadios), es exclusivamente realizable sobre la base del material *puberal*. (pág. 12).

En su conjunto, a este proceso lo llamó *escena puberal*. Se trata de una revuelta sobre lo originario que constituyó el libreto a partir del cual fue recreada la *novela familiar del neurótico* (Freud, 1992/1909[1908]), misma que adquirió el estatuto inconsciente al estar atravesada por la represión. Su elaboración vendría cuando la estructura fantasmática condujera a lo que planteaba Freud (1992/1905) como: “uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores” (pág. 207).

La desestabilización y separación de las representaciones incestuosas primarias serían condición de posibilidad para la elección del objeto exogámico, permuta que es posible si la castración tiene lugar. Por otro lado, gran parte del trabajo de este autor se concentró en pensar algunas complicaciones narcisistas que se despliegan sobre esta escena puberal, lo cual se convirtió en un eje central al tratar el tema. Precisamente, para Tubert (1982), la *adolescencia* quedó situada en lo imaginario por dos razones: 1) por representar una crisis narcisista y; 2) porque la muerte vinculada al proceso de duelo reviste un carácter fantasmático dado que no se experimenta como tal.

La vía por la cual esta autora llegó a sus reflexiones fue muy cercana a la propuesta planteada por Aberastury (1971) sobre los *duelos de la adolescencia*. Desde ahí colocó el entramado vida-muerte como una cuestión resolutive frente a las pérdidas que supone el apremio de la pubertad. De ahí que concibiera a la *adolescencia* como: “una estructura mítica, en la que es crucial el enfrentamiento con la muerte, desde la sexualidad, y en la sexualidad misma” (Tubert, 1982, pág. 22). Este enfrentamiento dependería de la resolución, parcial,

entre lo que se pierde o se destruye y lo que se crea o recrea; se trata del interjuego de la identificación y el corte.

Por otro lado, la conceptualización que realizó Barrionuevo (2011), sumando a las aportaciones freudianas algunas premisas lacanianas, permitió sintetizar lo que estos otros autores ya venían apuntalando con respecto al tema. Para este psicoanalista argentino la **adolescencia** consiste en un “*tiempo de revitalización o “recidiva” de la conflictiva edípica, que supone contundente conmoción en la estructura*” (pág. 61). Dicha conmoción tendría lugar a partir de la irrupción de lo real que exige al sujeto un reposicionamiento en función del eje *opositivo falo-castración*. Esto último implicaría “ubicar el trabajo que debe enfrentar el adolescente en el ámbito de la problemática de las identificaciones, en lo relativo al deseo y en cuanto a la ambivalencia odio-enamoramiento” (pág. 61). De esta manera, el **adolescente** se vería convocado a una labor de elaboración simbólica que le permitiría desasirse de ese lugar de goce del Otro –representado por las figuras parentales–. No obstante, esto no sería posible sin antes haber reinscrito la falta en lo real y lo imaginario, que para Amigo (2005) son los registros en los que se apuntala el trabajo clínico con **adolescentes**: “Es en la cobertura Imaginaria del nuevo real, y en la puesta en forma del campo de lo real del goce como agujereado, que suelen encastillarse endemoniados problemas clínicos en la adolescencia” (pág. 177). Para cerrar este apartado nos detendremos a desarrollar las elaboraciones teóricas y clínicas realizadas por esta psicoanalista argentina en torno a la **adolescencia**, pues en su propuesta se encuentran algunos puntos de apoyo para pensar algunas de las particularidades clínicas que conlleva el enfrentamiento con lo real y su posible anudamiento.

En “La organización genital infantil”, Freud (1992/1923) pasó de considerar el primado de los genitales por el primado del falo, haciendo manifiesta la diferencia que introduce la presencia o la ausencia del pene como referente simbólico. Una operación similar es la que Amigo (2021) encontró en Lacan cuando en “L’étourdit” afirmó que: “el órgano peneano se ha de elevar al significante” (pág. 265). Con base en este referente, la autora en cuestión propuso la siguiente tesis: “hay dos tiempos de elevación del órgano al significante. Lo que equivale a afirmar que la inscripción del significante fálico tendría

dos momentos privilegiados: 1°) el de la conclusión infantil del complejo de Edipo; 2°) el de la crisis puberal” (Amigo, 2021, pág. 265).

Este segundo momento es el tiempo del *a posteriori* en el que el sujeto se ve confrontado con lo real de la sexualidad en su otro pico de aparición. Es importante recordar que la sexualidad para el psicoanálisis no se limita a la posibilidad de reproducción genésica, sino que constituye el eje pulsional que (de)formará la vida psíquica de cada sujeto. De este modo, aunque el segundo despertar sexual se apuntala desde lo real biológico no puede reducirse a procesos hormonales, ni al desarrollo de los caracteres sexuales secundarios. Como señala Amigo (2021), es preciso que este segundo despertar pase por el registro del Otro “Quien desencadena este segundo despertar suele ser el Otro sexo. El Otro que ahora está interpelando en la figura del adulto o de otro joven que trata al otrora niño como eróticamente apetecible” (pág. 271).

Por diversas vías –la voz, la mirada, la palabra–, el Otro hará aparecer este real sexual que exige al sujeto adentrarse en una labor psíquica de velamiento y cifrado. A este trabajo de elaboración imaginaria y significativa se refiere Amigo (2005; 2021) cuando dice que el sujeto durante el segundo despertar sexual se verá forzado a hacer valer sus *títulos de bolsillo* generados en una primera vuelta edípica.

Lacan llamó títulos de bolsillo a aquellas adquisiciones identificatorias con las que el sujeto solventa su atravesamiento por los desfiladeros de la sexualidad, se trata de “esos trazos, esas letras que señalan el resto no apropiado por el campo del Otro: S1 en lo Simbólico, $-\phi$ en lo Imaginario, Φ en lo Real” (Amigo, 2005, pág. 173). Eso que resta, inaprensible e inasimilable, y que hace agujero en cada registro será el objeto *a*, el cual hace posible una configuración fantasmática infantil que, siguiendo la tesis de Amigo (2021), provisionalmente fungirá como respuesta orientadora frente al deseo del Otro que auxilia.

El fantasma, producto de la adquisición de las letras (o títulos) que los escalones identificatorios han permitido adquirir, depende de las sucesivas identificaciones de la función paterna (los nombres real, simbólico e imaginario del padre): incorporado el padre como posición inconsciente. (Amigo, 2021, pág. 235).

Esta conquista subjetiva tiene cabida en los primeros años de vida del cachorro humano, quien, como lo señaló Freud en sus textos metapsicológicos y posteriormente fue retomado por Lacan en sus diversas elaboraciones, llega al mundo en un estado de desamparo que lo arroja al campo del Otro en calidad de objeto para que desde ahí reciba el auxilio necesario para vivir. La complejidad que entrañan estas primeras experiencias y que el psicoanálisis lacaniano atina a considerar reside en que más allá de la satisfacción es importante prestar atención al revestimiento imaginario y simbólico que acompaña los cuidados.

El Otro que habla es quien, bañando al bebé con su palabra, con su interpretación del grito como demanda estructural, en efecto, introduce la pulsión como concepto límite entre lo psíquico y lo somático en un movimiento simultáneo a la primera identificación a lo Real del Otro real (identificación al padre preedípico, actuante en la voz de la madre, que hace devenir al lenguaje simbólico al desgajar el significante fálico, Φ agujereador de lo real de la vida), solidaria de la represión primordial y del narcisismo primario. (Amigo, 2021, págs. 230-231).

Para que esa función que el Otro efectúa sea posible es preciso que algo falte y que esta falta sea elevada al estatuto de deseo inconsciente: el deseo de la madre por el hijo. No obstante, algo se agrega a este deseo “Lacan arrima que el niño no solamente representa el falo faltante de la madre, sino que el niño es un objeto de goce, de los “bolsones de goce” inconscientes e ignorados de la madre” (Amigo, 2021, pág. 269). Es sobre este excedente que se convoca a un tercero cuya función será apartar al niño de ser objeto de la satisfacción del goce del Otro, se trata del significante del Nombre-del-padre, mismo que se actualiza en los nombres del padre operantes en cada registro.

Ahora bien, de acuerdo con el planteamiento que realiza Amigo (2021), es en el segundo eslabón, la identificación a lo simbólico del Otro real, en donde aparecerá el rasgo unario S1 como resto, el cual no solo agujera la plenitud de saber del Otro, sino que está llamado a constituir el núcleo del ideal del yo, lo cual será decisivo con el acaecimiento del segundo despertar sexual: “Se adeuda esta letra al padre, ahora al edípico, al varón sexuado de la madre o ese o esa por quien

la madre profese deseo sexual, por fuera de la relación que lo une a su niño” (Amigo, 2021, pág. 232).

Finalmente, para que la pulsión se ligue al deseo como su fuerza motriz se requiere de un tercer eslabón identificatorio: la identificación a lo imaginario de lo Otro real. Esta inscripción es posible sobre la faz prescriptiva del padre edípico, que permitirá echarse al bolsillo la letra ($-\varphi$), lo cual significa de nueva cuenta una apertura, pues se trata de abrir el canal que servirá como vía para la caída del objeto, dando lugar a la elaboración de este fantasma infantil¹⁰ que fungirá como brújula del deseo. Para ello, entonces, la castración debió consolidarse como herida narcisista.

De esta labor identificatoria que constituye la primera vuelta edípica, el sujeto acuñará las monedas de cambio, esos “títulos de bolsillo” con los que podrá atravesar sus posteriores enfrentamientos con lo real, particularmente ese segundo despertar sexual cuyo núcleo constituye el (des)encuentro con el Otro sexo.

Una de las particularidades subjetivas decisivas para la elaboración de esta segunda vuelta edípica radica en que, dadas las condiciones sociales, culturales y políticas que definen a la *adolescencia*, la relación de dependencia con el Otro real aún es determinante, lo cual puede llegar a dificultar la reinscripción de la falta en cada uno de los registros, sobre todo en lo que respecta a las letras $-\varphi$ y Φ . Esto no significa que el agujereamiento que hace al trazo S1, representante de la cuerda simbólica, no sea reformulado; su reinscripción concretará el anudamiento con los otros registros, lo cual permitirá que la cosa marche y que el sujeto no quede en un impasse que podría conducirlo a la muerte real:

lo real puro, como la pura vida, llevan a la muerte (...) De anudarse con lo simbólico y lo imaginario, lo real habrá logrado darse la po-

10 Sobre esta construcción fantasmática, Amigo (2021) resalta que en ella se encuentran los fantasmas primordiales elaborados por Freud: 1) la escena primaria; 2) el fantasma de seducción y; 3) el fantasma de castración.

sibilidad de tocar la vertiente de la sexualidad (...) se habrá logrado conjugar sexualidad y muerte. (Amigo, 2005, pág. 172).

Con base en estas reflexiones teóricas, Amigo (2005; 2021) asevera que el trabajo clínico con ~~adolescentes~~, en la singularidad de cada caso, demanda intervenir en el orden de lo real y de lo imaginario. Estas maniobras, la *intervención en lo real* y la *maniobra imaginaria literante*, son posibles en transferencia cuando el analista entra en la escena soportando la *regla psicoanalítica fundamental* que hará posible prestar atención al detalle: a la mueca, al tono de voz, a la escena que se monta en cada sesión, a lo que resuena de la vida cotidiana. En los términos empleados por Amigo (2005), se trata de dar lugar a eso que Lacan llamó *discurso sin palabras*, pues es “allí donde el analista se presta en la transferencia a la constitución de tramos escriturales faltantes” (pág. 143).

Como ejemplo de una intervención en lo real, la autora en cuestión recurre al personaje del enmascarado perteneciente a la tragedia infantil *El despertar de la primavera*, escrita por el dramaturgo alemán Frank Wedekind. Concretamente, sitúa el momento en el que este personaje se pone en escena que es cuando, estando en el cementerio, el cadáver de Mauricio tiende su mano putrefacta a Melchor para que sucumba a la muerte que le espera como el destino inmediato que trae consigo el rechazo de sus padres frente a su condición de ser sexuado. El enmascarado arranca a Melchor de este lugar interviniendo en dos sentidos: 1) denunciando el goce del Otro puesto en la jactancia mentirosa del cadáver, al cual ordena volver con los cadáveres y; 2) invitando (acompañando) a Melchor a salir del cementerio.

Ambas maniobras del enmascarado son intervenciones en la cuerda de lo real, abriéndola al infinito. Así aparece su agujero específico, contorno del agujero dibujado por el significante Φ en su poderío de ordenar el goce al ser alcanzado en escala legal. (Amigo, 2005, pág. 189).

Ahora bien, con respecto a la maniobra imaginaria literante, la intervención entra por la cuerda de lo imaginario con dirección hacia lo real, lo cual permitiría reinscribir el trazo $-\phi$, pues “Es por ese hueco

por donde podrá caer el objeto *a* de su fijación a la imagen. Es desde ese hueco bien ceñido por la escritura que la imagen irradiará el brillo agalmático que constituirá su ‘encanto’” (Amigo, 2005, pág. 204). Para ejemplificar cómo se lleva a cabo esta maniobra, la autora recurre a aquellos casos en los que la fijación hace de tapón obturando la vía por la cual ha de caer el objeto: “Es esta clase de fijación, arriesgo, la que hace que el imaginario caiga pesadamente, mortificado y martirizado por el objeto, sobre lo simbólico, obturando el agujero que le es propio” (pág. 203). Sin esta apertura, lo que aparece son imágenes yoicas sombrías carentes de ese brillo agalmático que facilita el (des) encuentro con el Otro sexo.

A pesar de que estas otras formas de pensar las particularidades subjetivas vinculadas a la **adolescencia** procuraron tomar distancia de la acepción desarrollista y evolutiva del término, recurriendo a premisas propiamente psicoanalíticas e incluso apoyándose en la raíz etimológica del vocablo que alude al crecimiento y al ardor, en su uso aún persiste la estela de este sesgo clasificatorio. En este sentido, este trabajo opta por dar lugar a la irrupción de lo real, prescindiendo del término **adolescencia** como la im-posibilidad de emergencia del sujeto. Pues, como señaló Lacan (1970), “El abordaje de lo real es angosto. Y es por acosarlo que el psicoanálisis se perfila” (pág. 454).

La emergencia del sujeto en la im-posibilidad del acontecimiento

El sujeto ha sido en la historia de la filosofía un elemento disruptivo, marginado y, por ende, subversivo. En este sentido, no es casualidad que se haya convertido en el núcleo del pensamiento foucaultiano y en el fin de la enseñanza lacaniana.

Para Foucault, el sujeto se convirtió en el eje conceptual que atravesó y dio soporte a su trabajo investigativo. Su interés recaía en el análisis histórico de las relaciones de saber-poder que constituyen formas específicas de subjetividad. No obstante, hacia el final de su obra amplió el campo de acción en el que se juega el sujeto, pues con-

cebía que este no solo es efecto del discurso, sino que también porta un decir (Foucault, 1999/1984).

En *Discurso y verdad: Conferencias sobre el coraje de decirlo todo* (2017/1982-1983) señaló que la ascesis antigua tiene como principio y fundamento la elaboración de aquella relación con el sí mismo, una relación de posesión y soberanía. De este modo, la ascesis representó una función práctica del juego parresiástico. La parresia, cuya etimología sostiene la premisa de “decirlo todo”, abre un espacio para el decir veraz e implica un proceso de subjetivación sobre el discurso que disocia al *sujeto como efecto del enunciado del sujeto de la enunciación*. Para Foucault (2017/1982-1983), en la palabra que enuncia el parresiasta, su ser y su verdad están implicados.

Aunque algunos de estos elementos se comparten con las premisas psicoanalíticas, cada campo discursivo posee su propia estructura epistemológica y, en consecuencia, también se reconocen sus límites. En este sentido, es pertinente volver al campo del psicoanálisis, precisamente a través de esta diferencia entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación, para aterrizar la propuesta que surge en este trabajo de investigación.

El sujeto, en psicoanálisis, no es un elemento conceptual que se encuentre de manera explícita en los escritos freudianos, sin embargo, ahí está su origen. Pues, como afirmó Lacan (2007): “Si algo nos vuelve a causar la sensación de que hay un lugar donde se lo sostiene, donde se trata con él, es en ese nivel que se llama el inconsciente. Porque todo falla, todo ríe, todo sueña” (pág. 105). Y estas expresiones de lo inconsciente solo son posibles por cuanto están articuladas en una cadena signifiante. De ahí la premisa que atraviesa la enseñanza lacaniana con respecto a la primacía del signifiante: “El sujeto es lo que defino en sentido estricto como efecto del signifiante” (Lacan, 2007, pág. 103), y este último, herencia de los estoicos, no es equiparable al signo y tampoco está inmerso en una lógica comunicativa ni interpersonal: el signifiante solo cobra sentido en el campo del Otro, lugar de la palabra, cuando entra en relación con otro signifiante, pues “el signifiante es lo que representa al sujeto para otro signifiante” (Lacan, 2007, pág. 53).

Desde esta forma de concebir al sujeto también es posible situar la diferencia entre *sujeto del enunciado* y *sujeto de la enunciación*. Mientras el primero remite al contenido manifiesto del discurso –lo dicho–, el segundo corresponde al acto –el decir– en sí mismo; esta diferencia se sostiene en la misma lógica en la que aparece la noción de sujeto dividido, pues como señala Parker (2013):

El habla produce una división en el sujeto, una separación entre: por un lado, las cosas que dice y lo que se dice acerca de él, a través de “enunciados” que operan psicológicamente como declaraciones de hecho acerca de quién es y qué es; y, por otro lado, el habla como tal, que abre la dimensión de la verdad. (pág. 82).

En su trabajo “El sujeto de la enunciación: diálogos entre la lingüística y el psicoanálisis”, Karina Savio (2017) menciona que “la enunciación no es solamente un acto o una dimensión del lenguaje, como se presenta desde la lingüística, sino también un Otro enunciado” (pág. 276). En este sentido, la enunciación puede ser pensada en sincronía con la acepción de inconsciente como cadena significante:

el sujeto de la enunciación se localiza en ese otro enunciado que nace de la enunciación y que atraviesa el enunciado efectivamente dicho. Adquiere, en otras palabras, su “soporte” (...) en ese segundo enunciado, anclando su sentido en esta segunda cadena. (pág. 280).

De esta manera, el sujeto al que apunta como finalidad la enseñanza lacaniana es el que surge a partir del acto mismo de la enunciación que constituye una verdad singular, inconsciente, y no al sujeto del enunciado que sería aquel que podemos encontrar como parte de un saber compartido.

A diferencia del sujeto real, este sujeto simbólico no es la verdad única de la enunciación, sino que es parte de un saber compartido. Es por esto que tanta gente puede identificarse con un mismo significante en el saber general. Por el contrario, sólo hay una persona que puede encarnar la verdad singular de un sujeto real, con su especial manera de expresar el significante. (Pavón-Cuellar, 2013, pág. 93).

Sobre estas puntualizaciones es posible pasar del análisis de las formas de subjetividad generadas en el discurso a pensar al sujeto como una función enunciativa que emerge en acto. Este pasaje es el que permite transitar del análisis teórico y crítico del tema en cuestión a su abordaje clínico.

Como mencionaba Amigo (2005; 2021), el segundo despertar sexual no se reduce al anclaje biológico que acarrea el apremio de la pubertad. Se trata de un tiempo de efectuación subjetiva que se juega en el campo del Otro, desde donde produce su verdad. Esta producción singular no puede anticiparse ni predecirse; es por ello por lo que aterrizamos en el concepto de *acontecimiento* como lo proponen algunas lecturas filosóficas y psicoanalíticas. Para Parker y Pavón Cuellar (2013):

se puede concebir el acontecimiento como algo ciertamente irreductible a la estructura discursiva que analiza el AD, pero simultáneamente ocurriendo en la “escena” de esta estructura significativa (Lacan, 1953; 317), y siendo “producido” por el mismo significativo (1959-1960, 01/07/60, pág. 308). (pág. 18).

Esta concepción concuerda con el tratamiento que Derrida (1994/1971; 2006/1971) da al concepto. En su texto “Firma, acontecimiento y contexto”, el pensador argelino se aproxima al tema por medio del trabajo deconstructivo que realiza sobre los conceptos de comunicación y escritura. Para ello recurre a John Langshaw Austin, un filósofo del lenguaje, a quien coloca como referente al señalar que el acto del habla no se reduce a la transmisión unívoca del sentido. De ahí que establezca la diferencia entre un tipo de enunciación constativa y otra performativa: “hay un habla que se llama constativa, que es teórica, que consiste en decir lo que es, en describir o en constatar lo que es, y hay un habla que se llama performativa, y que hace hablando” (Derrida, 2006/1971, pág. 87).

Es sobre esta habla performativa que el acontecimiento aparece como im-posible, pues puede decirse en el acto, pero jamás puede ser ni previsto, ni predicho; no puede aparecer antes de llegar sino como im-posible. Un im-posible que no es el antónimo de lo posible, sino

que en el horizonte de lo inesperado aguarda la posibilidad como aquello que puede o no suceder. Otra de las características que hacen al acontecimiento es la ruptura con la que viene a desgarrar el curso ordinario de la historia, puesto que pone de relieve lo contingente y el azar; la incertidumbre y la indeterminación (Derrida, 2006/1971).

Estas formas de pensar el acontecimiento permiten tratar con lo real puberal en el marco de la clínica considerando al sujeto en su enunciación. Tampoco parece descabellada la idea de que justo la praxis analítica, por cuanto real, puede devenir acontecimiento. El análisis, en este sentido, es performativo al apostar por el sujeto de la enunciación, aquel que porta un decir y una verdad im-posible. Al igual que la transferencia, este decir no puede anticiparse, ni predecirse; aparece en el despliegue del gesto, de la palabra, del síntoma e incluso del acto. De esta manera, encuentra su soporte en la experiencia singular de cada encuentro que va haciendo historia y produciendo esa verdad que es el sujeto.

A modo de conclusión

Como se señaló a lo largo del artículo, la **adolescencia** no es un concepto que concierne al corpus teórico psicoanalítico, pues este campo de saber no trabaja con la categoría de Hombre. En ese sentido, no es posible hablar de una práctica especializada en **adolescentes** como sí se hace en las teorías psicológicas que, siguiendo un modelo categorial, han segmentado la vida humana en etapas del desarrollo. Ahora bien, a pesar de esta dificultad epistémica la temática ha insistido por la vía que establece el malestar puesto en los síntomas y en la exacerbación de los afectos, convocando a diferentes psicoanalistas para hablar sobre las particularidades subjetivas que se despliegan durante este periodo de la vida.

Para Freud fue la pubertad la que cobró relevancia al encarar al sujeto, desde lo real biológico, con la sexualidad, exigiendo un trabajo de elaboración psíquica que, para los autores interesados en el tema, tendría lugar durante la **adolescencia**. Lo puberal se convirtió en un

punto clave sobre el cual se recrearon dos formas de subjetividad: el sujeto vulnerable y el sujeto peligroso. El primero surgió del estado de indefensión al que parece conducir la irrupción de la pubertad por la vía regresiva y el segundo se estableció en relación con la expresión del malestar que no puede ser ligado por el sujeto.

Considerando estas formas de subjetividad, la **adolescencia** tomó la apariencia de una entidad clínica semipatológica correspondiente a un periodo vital que, una vez atravesado, daría lugar a la conformación de cierta identidad o al afianzamiento de la personalidad. El problema con estas interpretaciones formuladas en el campo de la psicología del yo fue que, al normalizar y legitimar el síntoma, este pasó de ser una formación de lo inconsciente para convertirse en el signo de una clasificación. Esto acarreó serias consecuencias clínicas, pues en el momento en el que los síntomas se normalizan pasan a colocarse como efecto de una condición que es ajena al sujeto, lo cual otorga a este último una posición pasiva frente a su malestar. En otras palabras, se ve empujado a ese lugar de objeto en el que es gozado por el Otro.

Cuando la escucha queda fijada sobre estas formas de subjetividad puestas en el discurso, la conquista subjetiva que compete a cada ser humano puede llegar a convertirse en una condena y el tratamiento analítico no tendría lugar, pues para este último el sujeto es un acontecimiento que emerge como verdad en el acto de su enunciación, la cual no es sin el Otro, pero tampoco es el Otro en su plenitud.

Referencias

- Aberastury, A. (1971). El adolescente y la libertad. En *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico* (págs. 15-34). Paidós.
- Amigo, S. (2005). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Homo Sapiens.
- Amigo, S. (2021). *Mentalidades. Forclusiones con y sin desencadenamiento*. Antonio Q. Giménez.
- Aichhorn, A. (2006/1925). *Juventud desamparada*. Gedisa.
- Ariès, P. (1988/1960). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Taurus.

- Barrionuevo, J. (2011). *Adolescencia y juventud: Consideraciones desde el psicoanálisis*. Eudeba.
- Blos, P. (1980/1962). *Psicoanálisis de la adolescencia*. Joaquín Mortiz S. A.
- Braunstein, N. (2013). *Clasificar en psiquiatría*. Siglo Veintiuno Editores.
- Derrida, J. (1994/1971). Firma, acontecimiento, contexto. En *Márgenes de la filosofía* (págs. 347-372). Cátedra.
- Derrida, J. (2006/1971). Cierta posibilidad imposible de decir el acontecimiento. *Decir el acontecimiento ¿es posible?* (J. Santos, Trad., págs. 79-107). Arena.
- Fernández, M. (2019). Debates sobre el estatuto de la adolescencia y sus invariantes estructurales en psicoanálisis. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, (19), 115-124. https://www.psi.uba.ar/investigaciones/revistas/psicoanalisis/trabajos_completos/revista19/fernandez.pdf
- Erikson, E. (1995/1950). *Sociedad y adolescencia*. Siglo Veintiuno Editores.
- Flesler, A. (2011). *El niño en análisis y las intervenciones del analista*. Paidós.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder* (J. Varela, ed. y F. Álvarez-Uría, trad.). Las Ediciones de La Piqueta.
- Foucault, M. (1996/1978). *La verdad y sus formas jurídicas* (E. Lynch, trad.). Gedisa.
- Foucault, M. (1999/1984). La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad. En *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales, volumen III* (A. Gabilondo, ed. y trad., págs. 393-415). Paidós.
- Foucault, M. (2007/1973-1974). *El poder psiquiátrico*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2007/1974-1975). *Los anormales: curso en College France*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2017/1982-1983). *Discurso y verdad. Conferencias sobre el coraje de decirlo todo* (H. Pons, trad.). Siglo Veintiuno Editores.
- Freud, S. (1991/1899). Sobre los recuerdos encubridores. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. III, págs. 291-316). Amorrortu.
- Freud, S. (1991/1910[1909]). Cinco conferencias sobre psicoanálisis. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. XI, págs. 1-52). Amorrortu.
- Freud, S. (1991/1912). Sobre los tipos de contracción de neurosis. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. XII, págs. 233-246). Amorrortu.
- Freud, S. (1991/1937). Análisis terminable e interminable. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. XXIII, págs. 211-254). Amorrortu.

- Freud, S. (1992/1888). Histeria. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. I, págs. 41-66). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1905). Tres ensayos de teoría sexual. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. VII, págs. 109-224). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1905[1904]). Sobre psicoterapia. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. VII, págs. 243-257).
- Freud, S. (1992/1908). Sobre las teorías sexuales infantiles. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. IX, págs. 183-202). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1909[1908]). La novela familiar de los neuróticos. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. IX, págs. 213-220). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1916). Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. XIV, págs. 313-340). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1919). Escritos breves. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. XVII, págs. 253-268). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1923[1922]). Una neurosis demoníaca en el siglo XVII. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. XIX, págs. 67-106). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1923). La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad). En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. XIX, págs. 141-150). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1925[1924]). Presentación autobiográfica. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. XX, págs. 1-70). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1950[1895]). Proyecto de psicología. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. I, págs. 323-446). Amorrortu.
- Freud, A. (1992/1958). La adolescencia. En Abreu et al. (Trad.), *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente* (págs. 165-193). Paidós.
- Goethe, J. (2019/1790). *Teoría de la naturaleza* (C. Tognetti, trad.). Greenbooks.
- Gutton, P. (1991). *Lo puberal*. Paidós.
- Hall, G. (1904). *Adolescence: its Psychology and its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*. Vol. I. Appleton and Company.
- Jones, E. (1961). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Anagrama.
- Klein, A. (2012). Imágenes psicoanalíticas y sociales de la adolescencia. Un complejo entrecruce de ambigüedades. *Interdisciplinaria*, 29(2), 235-251. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18026361005>
- Knobel, M. (1971). El síndrome de la adolescencia normal. En *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico* (págs. 35-109). Paidós.

- Lacan, J. (2010/1964). La excomunión. En J. Miller (Ed.) y E. Berenguer (Trad.), *El seminario de Jacques Lacan, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (págs. 9-24). Paidós.
- Lacan, J. (2007). *Mi enseñanza* (N. González, trad. Y J-A. Miller y J. Miller, comps.). Paidós.
- Lacan, J. (2012/1970). Radiofonía. En *Otros escritos* (págs. 425-472). Paidós.
- Luzuriaga, M. (2013). La invención de la adolescencia: una visión histórica y transcultural. En J. Barrionuevo (Comp.), *Adolescencia. Clínica psicológica y psicoanalítica institucional* (págs. 15-44). Delhospital.
- Parker, I. (2013). Estudios psicosociales: análisis lacaniano de discurso negociando un texto de entrevista. En *Lacan, discurso, acontecimiento. Nuevos análisis de la indeterminación textual* (págs. 71-88). Plaza y Valdez.
- Pavón-Cuellar, D. (2013). El acto enunciativo y el problema de lo real en el análisis lacaniano de discurso. En *Lacan, discurso, acontecimiento. Nuevos análisis de la indeterminación textual* (págs. 89-102). Plaza y Valdez.
- Pavón-Cuellar, D. y Parker, I. (2013). Introducción. La teoría lacaniana, el análisis del discurso y la cuestión del acontecimiento. En *Lacan, discurso, acontecimiento. Nuevos análisis de la indeterminación textual* (págs. 11-24). Plaza y Valdez.
- Rousseau, J-J. (2000/1762). *Emilio o la educación* (R. Viñas, trad.). Elalhep.
- Savio, K. (2017). El sujeto de la enunciación: diálogos entre la lingüística y el psicoanálisis. *Linguagem em (Dis)curso*, 17(2), 271-284. <https://www.scielo.br/j/ld/a/yVh9wCVhTD5mcSHzMTfjxqx/?format=pdf>
- Tubert, S. (1982). *La muerte y lo imaginario en la adolescencia*. Saltes.
- Winnicott, D. (1990). *Deprivación y delincuencia* (C. Winnicott, S. y M. Davis, comps. y L. Wolfson y N. Rosenblatt, trads.). Paidós.